

Aporte de la Dra. Ana María Rozzi de Bergel, Directora del Área de Educación a Distancia de la Universidad CAECE, mayo 2014

La movilidad social y la educación a distancia

En su famosa obra *“M’hijo el doctor”*, Florencio Sánchez sintetizó en una sola línea de diálogo, en la escena que abre la pieza, el espíritu social de la primera mitad del siglo XX en el Río de la Plata. Un niño entra llamando a los gritos a la puestera de una estancia, quien le responde, escandalizada: *“¿Te querés callar, condenao? ¿No ves que vas a despertar a m’hijo el doctor?”* La madre, de bajo nivel cultural, considera intocable a ese hijo que ha podido moverse de manera ascendente en la escala social, algo difícil de lograr en la época y que era el sueño de los inmigrantes, de las comunidades rurales y de los habitantes de estratos sociales humildes en las ciudades. Para que los hijos, o por lo menos un hijo, llegara a *“doctor”*, ningún esfuerzo parecía suficiente. El orgullo de la madre, que no llama ya al muchacho *“m’hijo”*, sino *“m’hijo el doctor”*, muestra la importancia que asigna al logro alcanzado.

Los personajes de Florencio Sánchez pintan el momento social de su época con gran precisión y dentro de él, los tipos humanos. En la obra que hemos elegido como ejemplo, en realidad el verdadero conflicto es entre los valores que sustentan los padres campesinos y los que adquiere el hijo en la ciudad. La movilidad social tan deseada presenta así su peor cara: la del desarraigo y la destrucción de las pautas culturales y éticas de origen, producida cuando el joven se ve en la necesidad de trasladarse a otro tipo de comunidad para estudiar, para lograr *“ser alguien”*. Su inserción en la gran ciudad, ámbito que sus propios padres consideran superior, es traumática y redundante en desorientación y conflictos.

En realidad, la movilidad social responde a una lógica ambición de superación y al amor que lleva a los padres a desear lo mejor para sus hijos. Las condiciones sociales pueden favorecerla u obstaculizarla. En las sociedades industriales o terratenientes, la movilidad implicaba cambiar de clase social por medio del incremento en la riqueza monetaria. *“El doctor”*, no solamente era valorado por su título, sino porque un médico, en la época, podía llegar a ser una persona con buena posición económica. A veces, la familia contaba con que este único profesional que habían logrado ayudaría a todos a salir de la pobreza. Sin duda, son condiciones que no se dan en el siglo XXI entre nosotros, pero el problema básico de la tensión entre lo local y lo universal, entre lo tradicional y lo avanzado sigue teniendo un lugar en el tema de la movilidad social. En algunos casos, hasta se considera que para que alguien logre escalar posiciones sociales debe, necesariamente, abandonar su comunidad de origen.

Para analizar el problema desde una perspectiva conceptual es necesario preguntarse qué significa hoy la movilidad social. Siempre hablamos del hombre de la Grecia antigua, del hombre de la edad media, del hombre moderno, refiriéndonos a prototipos ideales que representan a la persona mejor adaptada a las condiciones sociales, políticas y económicas de su tiempo y que por esa cualidad, están en posición de ejercer una influencia sobre el futuro. ¿Cómo concebimos al hombre del siglo XXI? Nos dice la UNESCO que deberá ser un buen miembro de su comunidad y a la vez, un buen ciudadano del mundo. Asimismo, es importante recordar que en el siglo XXI surge una nueva riqueza que define las clases sociales: el conocimiento. Por eso, la sociedad interconectada en la que vivimos ha dado en llamarse, entre otras denominaciones, la sociedad del conocimiento. La movilidad social se da, entonces, por cuánto se posea de esta nueva moneda. Quienes no tengan acceso al conocimiento serán, inevitablemente, los pobres del futuro y tal vez, más que pobres, marginados. Es en este punto que se une la movilidad social con la educación en forma más estrecha que en el pasado.

Si volvemos a la definición del hombre del siglo XXI dada por la UNESCO veremos por qué la educación a distancia es una modalidad adecuada para formar este tipo de persona. En comunidades aisladas, pequeñas o muy tradicionalistas, para que un joven pudiera estudiar debía trasladarse a las grandes ciudades y en muchos casos, no volver a su lugar de origen, porque en él no se encontraban las condiciones para ejercer la profesión para la que se había preparado, o porque la gran ciudad ya los había captado. En cuanto a ser ciudadanos del mundo, solamente lo lograban quienes podían viajar.

La educación a distancia ha hecho posible la movilidad social dentro de las comunidades donde se encuentran los alumnos, al no exigir su desarraigo, y a la vez redundante en el progreso de la comunidad misma, dado que sus habitantes están en mejores condiciones para crear oportunidades para sus profesiones, al haberse desarrollado sin abandonar sus raíces. Esto incluye la mejor preservación de las lenguas regionales, las tradiciones y las culturas específicas de comunidades cuyos miembros no desertan, a la vez que contribuye a la equidad, porque abre más oportunidades de educación para todos.

En cuanto a ser ciudadanos del mundo, para comprenderlo deberíamos primero definir el concepto de mundo en nuestro siglo, que ya no es solamente geográfico. Existe un mundo de Internet, cuyo soporte es tecnológico. Internet propone formas, tiempos y vías de comunicación que constituyen una verdadera supracultura universal. No es suficiente manejar la tecnología, sino que hay que conocer las convenciones de Internet para funcionar en los negocios, el turismo y hasta las comunicaciones personales. Ser ciudadano del mundo implica dominar esa cultura, que incluye el respeto por la diversidad, la capacidad de trabajar en equipo y de transformar en conocimiento la información, dado que esta última es el insumo más abundante y barato del que disponemos. Es también requisito para la movilidad social, entonces, el dominio de Internet y sus reglas de tolerancia, colaboración, creación de conocimiento y capacidad de diálogo. El desarrollo de estas competencias es un contenido transversal natural de la

educación a distancia, que debe abordarse también en la modalidad presencial y los países que no lo comprendan estarán marginando del futuro a sus ciudadanos.

Resta considerar otro aspecto importante de la situación social actual: ¿cuál es el idioma de Internet? Tal vez, el inglés, porque así como los romanos dominaban por las armas, el derecho y la religión, hoy en día el dominio se ejerce por el poder que dan el conocimiento y la tecnología. El avance del inglés como segunda lengua, sin embargo, no irá acompañado por el avasallamiento de las lenguas locales en educación a distancia, dado que los alumnos continuarán en sus comunidades y la incorporación de otra lengua los enriquecerá.

¿Hijos doctores? Por supuesto, pero más abocados a mejorar su medio que a huir de él. Desde sus comunidades serán ciudadanos del mundo interconectado, plural, tolerante y colaborativo. Quienes estamos en educación a distancia debemos comprender y abrazar este valor social de la modalidad para tomar todavía más conciencia de su relevancia en la sociedad del conocimiento.

Ana María Rozzi de Bergel